

## VIDA

# DE DON GREGORIO GUADAÑA,

POR ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

### CAPITULO PRIMERO.

Cuenta don Gregorio su patria y genealogía.

Siestá de Dios que yo he de ser coronista de mi vida, vaya de historia.

Yo, señores míos, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor de medicina, y mi madre comadre; ella servía de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo; uno les daba cuna, y otro sepultura. Llamábase mi padre el doctor Guadaña, y mi madre la comadre de la Luz; él curaba lo mejor del lugar, y ella parteaba lo mejor de la ciudad; quiero decir, que él curaba al vuelo, y ella al fiento. Andaba mi padre en mula, y mi madre en mulo, por andar al revés, y todas las noches, despues de vaciar las faldriqueras, se contaba el uno al otro lo nacido y lo muerto. No comían juntos, porque mi padre tenía asco de las manos de mi madre, y ella de sus ojos, por haberlos paseado por las cámaras ó aposentos de los enfermos. Cuando había algun parto secreto, el sobreparto curaba él, y el parto ella, y todo se quedaba en casa. Mi padre daba remedios para fingir opilaciones, y mi madre á los nueve meses desopilaba á todas.

Un tío mío, hermano de mi padre, era boticario, pero tan redomado, que haciendo un día su testamento, ordenaba que le diesen sepultura en una redoma por venderse por droga. Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movía era mi padre; pero los pobres que caían en ella, en vez de llevar la cama á cuestras, los llevaban á ellos. No se daba manos mi tío á llenar su botica, ni mi padre á vaciarla; y entre los dos había cuenta de medio partir cada mes, por lo bebido y purgado. Si un enfermo había menester un jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa llena de dinero á pura receta baldía, igualando mi padre las enfermedades, pues todas gozaban igualmente de su providencia. Cuando un enfermo decía que no podía tomar purga, mi padre le hacía tomar píldoras, y si no gusta-

N-II.

ba de ellas, las comutaba á pótimas, y de no á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinion, él se despedía; y de esta manera obligaba á todos á beber, ó á reventar, que todo es uno, cuanto recetaba. Nunca fué único en los remedios, porque hubo día de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocía una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar á la posada de la salud, antes la rodeaba por el camino de la muerte, sesteando todos en casa de mi tío el boticario. Tasaba mi padre sus recetas como para sí; y solía muchas veces reñir con su hermano, con lo cual aseguraba los enfermos. Llamábase mi tío Ambrosio Jeringa, si bien á Jeringa le comutaron muchos á purgatorio, por los muchos que purgaban en su tienda los pecados de atrás.

Tenia mi madre un hermano cirujano; era la llave de mi padre, y con ella abría todo el lugar. Llamábase Quiterio Ventosilla. Era el hombre mas dado á perros que vi en mi vida, porque hacía anatomía de cuantos topaba en la calle; perseguía aun despues de muertos á los pobres del hospital, y no paraba hasta verles los hígados y sacarles las entrañas; solía decir que abriendo los muertos, sanaba los vivos; pero yo nunca le vi abrir ninguno que no le abriesen primero la sepultura. Era hombre tan carnicero, que el día que no cortaba carne partía huesos; hacía una sangría por excelencia ó por señoría, pero había de ser en ayunas, que despues de haber bebido, porque él no comía jamás, de cinco picadas apenas acertaba una; y como mi padre le conocía la enfermedad, aplicábale la mañana por remedio. Era tan noble, que jamás sacó sangre baja, siempre picaba alto. Cuando sangraba del tobillo á alguna dama, asistía mi padre con una luz, y mi tío traía la sangre mas peligrosa, á pesar de los humores mas ocultos. Tenía á fuentesapestado el lugar, y así daba botones de fuego á los nacionales, como si no lo fueran; estaban reputadas sus tientas por tentaciones del diablo, y ja-



más abrió postema que no la hiciese. Alegrábase su alma cuando oía espadas en la calle, pero si no había heridos, decía que todos eran unos cobardes. Sus ungüentos eran bufones de las heridas, entretenían un año y dos las llagas; era grande alegrador de un casco, pero más del suyo.

Mi abuelo por parte de padre era sacamuelas; llamábase Toribio Quijada, y desmenuzaba una y aun dos á las mil maravillas. Solía ponerse en la plaza con un rosario de huesos al cuello, y hacía una oración tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchándole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca más se hallaban en la boca. Ninguno llegó á sus manos con dolor de muelas que no saliese con otro mayor. Disciplinaba una boca con agua tan fuerte, que duraba la llaga en cuanto había boca. Era destilador de cuantas aguas introdujo la malicia humana; sus redomas eran reliquias del Jordán, y llovían damas, y en su bolsa dinero, porque las mudase caras todas las noches; y él las mudaba de forma que no las conocían sus amantes sino cuando él quería. Quitaba canas, tenía mudas, y mudaba rostro á otro barrio cuando se lo pagaban. En esto de poner dientes era único, tan bien los ponía como los quitaba; pero en lo que ninguno le llevó ventaja fué en hacer ojos; podía uno quitarse los suyos por ponerse los que hacía, y era tan letrado en esta materia, que con haber hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veía la claridad de su justicia.

Mi abuela, por parte de madre, se llamaba Aldonza Cristel, y tenía por oficio ayudar con ellos á las damas. Tenía la mano tan hecha á deshacer agravios retenidos, que no había dama por delicada que fuese que no fuese de ella en ausencia y en presencia su peligro. En su mocedad fué un linco, y conservaba los ojos tan claros, que no se le escapaba el más oscuro. Tenía en su casa dos baños, no los de la reina mora, por ser cristianos los que se bañaban en ellos; pero en el aseo, limpieza y libertad no debían nada á los del gran turco. Poseía el secreto de un agua tan excelente, que la más estéril se hacía fecunda á los primeros tres vasos; gustaban mucho las cortesanas de esta agua, porque era destilada por unos arcaduces de tal artificio, que mal año para el de Juanelo.

Una prima hermana mía, hija de mi tío el cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona Lagartija, y era tan extremada en todo género de costura, que labraba un enredo de noche sobre la almohada, tan bien como de día le zurcía. Tenía á cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que las llevasen y trajesen de la escuela. Era la señora mi prima tan prima en la bucólica doctrina, que después de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comía. Tenía arte y natural de robar los corazones á todos sin ser gavilana. Era dama tan gentil, que idolatraba una estafa mejor que al sol; y presumía tanto de serlo, que traía pendientes de sus rayos los mejores planetas del lugar, y yo entre ellos, ha-

cia junta de sus discípulas, y cantábales la cartilla en dos palabras. Ninguna salió de sus manos que no supiese bordar un embuste tan bien como Celestina; prendíase de forma, que soltaba cuando quería. Azotaba sus niñas cuando venían tarde, y hasta que derramaban mil lágrimas no cesaba el castigo; jurábasela con el dedo si no ganaban la palmatoria; y como á ella no le tocaba la palma por no ser mártir, quería hacer notoria su virginidad. Muchas mocitas iban á su escuela por aprender labor, y principalmente por saber hacer puntas y encajes; y llevaban hecha la costura, el encaje y la punta, tan perfectos, que sus dueños lo juzgaban por hecho en casa. Era la suya de grande recogimiento; nunca consentía que sus discípulas holgasen; siempre trabajaban con la aguja en la mano de noche y de día. Gustaba mucho que sus niñas se tocasen bien, y en razón de posturas, reverencias y gestos era única, y temíanla tanto, que cuando las enseñaba, ninguna se meneaba sin su licencia. Cuando venía á su escuela algún galán á hablar con su parienta, los mandaba hablar juntos en otra pieza, porque las otras muchachas no perdiesen su labor escuchando la plática, que siempre fué amiga de dar buenos ejemplos.

Un primo mío, hijo de mi tío el boticario Ambrosio Jeringa, era alquimista; llamábase Crisóstomo Candil, y solo le faltaba quemarse á sí para hallar la piedra filosofal, porque él lo era. Había traído gran cantidad de orates engañados sobre convertir las piedras en oro, y como no se convertían, las habían dado por heréticas, y á él también. Era su casa el último cuartel del infierno, donde penaban los metales los pecados de mi primo. Era el diablo filosofal cuando se ponía á martirizar los mistos y los simples, siendo el mayor que alimentó la ignorancia. Un día riñó con un criado suyo sobre que no podía meter en los cascos la piedra que tantos buscaban; rióse el mozo, y él le tiró unas tenazas que tenía en la mano; el criado, sentido del golpe, oyéndole decir que no hallaba la piedra, le tiró una que tenía, y metióle en los cascos la piedra mortal, en lugar de la filosofal, y púsole en peligro de ir á buscarla al infierno. Había gastado la botica de su padre en estas locuras, pero la botica daba para todo, y aunque no lo diera, él esperaba restaurarla á puro acrisolar disparates. Bullía como un azogue á fuerza de tratar con él, y tenía trasladadas á su casa las minas de Almadén con calidad de dar su alma á la piedra filosofal, á quien adoraba por fe, aunque mala. Tenía hecho pacto con la fragua de morir en ella, tanto la quería, por haberle robado con el mucho amor ó calor el poco juicio que tenía.

Mi bisabuelo, por parte de padre, era saludador; llamábase Estefanio Ensalmó, y su mujer Casilda Pomada. Nació con tal gracia mi bisabuelo, que desde la barriga de su madre venía soplando; aprendió este oficio con un alguacil de los vagamundos en Sevilla, y de un soplo suyo resucitaba un proceso. Ninguno le llevó ventaja en soplar hacia dentro; era la destrucción del vino, pero pareciéndole mal soplar en secreto, determinó de soplar en público; armóse de la hechura de un crucifijo

de latón, y púsose en el arenal de Sevilla á saludar bolsas. Tenía un muchacho hecho á la mano; este en achaque de rabiarse se le ponía delante, pidiéndole soplar; él besaba la cruz tres veces, que nunca se vió con tanta mala paz, y con grande admiración, dando voces á la gente, diciendo que se apartasen de aquel muchacho que rabiaba, le disparaba tan cruel tabagada, que daba con él en tierra; acudía luego con un calvario de cruces, levantábase el muchacho, y con este arbitrio llovían ignorantes á comprarle el aliento á peso de plata. Solía, cuando saludaba de mal de rabia, arrimarse al paciente que no la tenía, y sacábele la bolsa por ensalmo; y cuando el pobre la hallaba menos, rabiaba de veras. Cuando saludaba ganado era de noche, y era meter dos zorras á saludar ovejas; nunca se limpiaba de vino, como otros de calentura. Solía untarse los pies con un betún fuerte, y entraba por una barra ardiendo como por flores; pero descuidándose un día de no untarse, por estar hecho una uva, le saludó el fuego de forma que ninguno le viera hacer el canario que no dijera que rabiaba; y por más soplos que daba, el fuego no se quería dar por saludado. No se levantó de la cama en seis meses, y no por eso dejaba de saludar á Cazalla seis veces cada día; y si san Martín estuviera cerca, hiciera lo mismo. Dió un tiempo en ser hipócrita, por no correrle bien el oficio de saludador. Armóse de una lamparilla, y andaba de noche pidiendo para las ánimas, y la primera que metía era la suya. Tenía una voz como un clarín; solía ponerse en la plaza de San Francisco, entre once y doce de la noche, y hacía llorar á los escribanos los pecados de aquel día, que no era poco. Tenía un amigo tabernero, que le tomaba cuenta de la demanda, y él del vino; habíase vestido un saco, con que llevaba á saco todas las bolsas; llamábanle por la ciudad el hermano Estefanio, y no tuvo tantos la santa Hermandad. Tenía ojeriza todas las noches con la Cabeza del rey don Pedro, que está en el Candilejo, hecha de mármol; poníase frontero de ella, y atemorizaba el barrio pidiendo para él; y como un poeta que vivía en lo alto de la casa buscaba soledad y silencio para hacer sus versos, enfadado de oír tan insolente demanda, le llamó, diciendo: Hermano, apare limosna. El, que oyó la voz del primer cuarto de las estrellas, tomando su gaban ó capa larga con ambas manos, dijo con voz dolorosa: Eche, hermano, que Dios se lo pagará. El poeta con no pequeña devoción le dejó caer de lo alto la alhaja más servicial que tenía en casa, y puso á mi abuelo como una basura; él, que se vió dentro de Mérida en tan poco tiempo, empezó á privarse de razón, diciendo que bajase á deshacer el agravio que le había hecho; á cuyas quejas el poeta, sacando un candil que daba luz á sus versos, le dijo: Hermano, ¿halló la limosna? ¿Quiere luz? Y cerrando la ventana, lo dejó á oscuras. Quedó tan escarmentado de esta burla, que ni aun de día pasaba por la Cabeza del rey don Pedro.

Mi bisabuela tiraba por otro rumbo; era barbera de las damas, quiero decir, que les quitaba el vello, y á veces el pellejo; pintaba cejas, hacia mudas, adere-

zaba pasas, forjaba arreboles, bañaba soles, ponía lunares, y preparaba soliman; el inocente rostro que se ponía en sus manos, si no salía mártir, salía confesor; anocheaban en su casa las viejas palomas, y salían cuervos; en esto de sacar manebas era única, quitaba las de la cara, pero no las del cuerpo. Ultimamente, no pretendo cansar á vuestras mercedes con brujulear más la baraja de mi honrada genealogía, pues era proceder infinito y dar con la que tuvo Adán en el campo damasceno. Estos fueron los más honrados de mi linaje, de cuyos oficios saqué mis armas; bien podía mi vanidad pintar en su escudo zorras, zorrillas, perros, gavilanes, castillos y otras sabandijas, pero sería igualarme, y aun condenarme, por la vía ordinaria; la guadaña y el orinal saqué de mi padre, las muelas de mi tío, las redomas de mi boticario, y á este paso lo más con que adorno el escudo de mis armas; si soy bien nacido, dirá el capítulo que se sigue, y si tengo nobleza, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues á mi flaco juicio, el más bien nacido fué siempre el que vive mejor.

## CAPITULO II.

Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso.

Mis padres no tuvieron hijos en más de doce años de matrimonio, y un día dijo mi padre á mi buena madre: ¿Cómo es posible, Brígida de la Luz, este era su nombre, que habiendo vos hecho parir á tantas, no os apliquéis á parir? Mirad, doctor, respondió ella: de la misma suerte que vos matais y os quedais vivo, hago yo con mis comadres; hágolas parir, pero quedome sin parir. Según eso, dijo él, cuando yo me muera, pariréis vos. Puede ser, respondió ella. Enojóse mi padre, y cada día andaban al morro sobre mi concepción; ella decía que no había de parir, y él que sí, y yo los enfadaba antes de nacido. Mirad, Brígida, decía mi padre, no hay gusto como tener hijos; esta hacienda que gozamos ¿á quién la podemos dejar sino á nosotros mismos? Doctor, respondió ella, ¿si vos no empreñais, cómo puedo yo parir? ¡Luego en mí está la falta! replicaba él. Bueno es eso, respondió ella, ¡pues qué, en mí! No probaréis vos eso, aunque revolvais todos los libros de la medicina. Si vos os echárades una bizma, decía mi padre, no anduviéramos cada día en estas disputas. ¿Yo bizma? respondió ella, echáosla vos que necesitais de ella, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una, y reventó antes del parto; y no me está á cuento tener herederos tan á mi costa. Pues algún remedio se ha de dar, decía mi padre, para que os metais en cinta. Meteos vos en la razón, respondía ella, que yo no gusto de partos con artificio, que no soy Juanelo, y no penséis que fundo mal mi razón; porque los hijos han de venir naturalmente, y no con tramoyas como parto de comedia. Si yo supiera, decía mi padre, que la falta estaba en mí, yo buscara remedio suficiente para tener hijos. Doctor, replicaba mi madre, no andemos enga-



ñando la naturaleza; haced vuestra diligencia como manda Dios, y no como ordena el diablo, y pues tenéis potencia para matar, tenedla para engendrar, y no me deis materia para que busque otra forma.

Estas y otras pláticas solían tener mis padres sobre fallarles heredero, según me contaron después, hasta que un día estando mi madre bien descuidada, yo llamé á la puerta de su estómago con un vómito. Bien temía ella mi venida, habiéndola faltado el correo ordinario tres meses sin carta mía; entró mi padre por la sala cuando ella estaba con el ansia, y díjola: ¿Qué tenéis, Brígida? Doctor, respondió ella, tengo ansias de heredero. Buenas nuevas os dé Dios, replicó él. Tomóla el pulso, y confirmóle el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taita. Dió mi madre en ser antojadiza, y un día dijo que la trajesen el ave fénix. Mi padre, por no deshacerme antes de tiempo, buscó una ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado á su modo, se le antojó antes de probarla morder á mi padre en el pescuezo. Otorgó el pobre con tanto dolor de su alma, y aun de su cuerpo. Hincó el diente mi madre diciendo: Doctor, pues quisisteis heredero, y no le trajisteis el ave fénix, servidle de avecena. En fin, el antojo le hizo otro en el testuz, saliendo mi padre con la marca de su heredero, si bien por no conocerme me compraba tan á su costa.

Dí en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche á puras coces; era un diablo encarnado. Solía meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes, que las ponía en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solía yo darle una vuelta al aposento de su vientre y revolverla hasta las entrañas. Doctor, decía rabiando, ¿qué Roberto el Diablo me habeis metido en el cuerpo? Jesus mil veces, decía él, estais endemoniada. Estoy endoctorada, que es peor, respondía ella; en mi juicio estaba yo de no tomar bizma. Bizma, decía mi padre, pues ¿cuándo la tomastes? Pecadora de mí, decía ella, ¿tan flaco sois de memoria que no os acordais? Heredada tengais el alma de Galeno, que así disteis heredero á mi vida tan sin pensar; aconsejaos con toda la medicina, y mirad si con otra bizma se puede remediar esta, que así la podré yo llevar como volar. ¿Quién me hizo de comadre madre, y de estéril fecunda? Sin duda que el fruto de mi vientre es de casta de encinas, pues si ellas lo dan á palos, yo á coces; no, no ha de pasar así por el siglo de mi abuela, que pues vos fuisteis el autor de mi daño, que lo habeis de remediar, ó sobre eso morena, blanca ó negra.

Brígida, decía mi padre, á los nueve meses, como vos sabeis, se quita ese dolor; la mejor bizma que podeis tomar ahora es el tiempo; sosegaos, que después de pasada la tormenta amanecerá en el puerto de vuestros brazos un infante, y entonces no os hallaréis de gozo. Ya yo sé, replicó ella, que no me hallaré entonces, porque me habré ido para la otra vida. Pero en lo que toca á ser infante, malos años para vos; infante ha de ser,

y como tal se está ensayando para revolver el mundo. Qué, ¿queréis un doctorico? No, no os veréis en esto; ahito está el mundo de doctores, y no de comadres. No le faltaba más á Brígida de la Luz sino parir un hijo hermafrodita, medio doctor y medio comadre. No, amigo, mejor cuadra á la mujer ser doctora y comadre, que al varón ser comadre y doctor.

Pecadora de vos, respondía él, ¿no veis que la hija no levanta la generación, y el hijo sí? Ya yo sé, respondió ella, que una hija no levanta lo que levanta un varón; pero tal vez una sola mujer ha levantado á muchos hombres del polvo de la tierra y puéstolos en el cuerno de la luna. Mirad, decía mi padre, para parir hija, mejor fuera que no hubiéades tomado bizma. Ese es el pago que vos me daréis, respondió ella, pues hija ha de ser, aunque os pese.

Ultimamente, en estas disputas llegó la hora de enfadarme yo de la posada; comencé á sacudir las túnicas de la vida para vestirme las de la muerte. Mi madre, como maestra de tales actos, empezó á quejarse de mi atrovimiento; llenóse la casa de vecinas, las cuales por hacer compañía á mi madre cuando ella pujaba por echarme de sí, pujaban todas, y algunas parían antes que mi madre. Dí en que había de nacer de piés, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, á mi padre de este trabajo, profetizando un parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen á morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo que quedo, plantándome piés firmes en el vientre de mi madre. Ea, amiga, decía la sota comadre, maestra sois, valeos de vuestra ciencia. ¿Qué ciencia, pecadora de mí, respondió mi madre, si ese ladrón de doctor me la quitó con una bizma? Entonces las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decían: Puje, señora comadre, que le va la vida; salga de piés ó de cabeza, échelo fuera. No puedo, decía mi madre. Pues ha de poder, replicaba su discípula rascándome los piés. Y yo erre que erre.

Llamaron á mi tío el cirujano y algunos médicos amigos de mi padre; hicieron junta sobre mí aun antes de nacido: tales son los médicos, que aun allí tienen jurisdicción sobre nuestras vidas. Dieron á mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algún crimen de lesa majestad. Mi padre decía á voces que abriesen á mi madre por medio si querían que yo saliese vivo; oyóla ella, que no estaba tan muerta, y dijo: Abierto tengais el corazón; dejadme viva, que si esta bizma salió mala, otra saldrá buena. Resolvieronse á que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo; empezó mi tío á sacar garfios para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Oí el fruto de Vizcaya, púsemme de piés juntillos, deseando salir de aquel peligro, pidió pujos la comadre, y á dos rempujones me arrojé mi madre de la ventana de la muerte á la calle de la vida. Empezaron todos á reír, y yo á llorar. Aquietense, dijo mi madre, que no ha salido todo. Era así la verdad, porque yo ve-

nia preso de ciertas damas, á quien todos rinden parias, y hacíanse tanto de rogar estas señoras, que estuve por meterme otra vez en el vientre de mi madre para sacarlas fuera. En fin, salieron, y en pago de su rebeldía las quemaron. Pidió albricias la comadre habiéndome tentado; mi tío el boticario le prometió una jeringa, mi padre una receta, y mi cirujano una sangría para mayo; ella lo estimó, porque sabía que le daban de lo mejor que vendían en sus tiendas.

Empezaron todos á alabar mi hermosura; y unos decían que parecía á mi madre, otros que á mi padre, otros que á mi abuela, otros que á mi abuelo, otros que á ninguno, y todos decían verdad; empezaron juntamente á paladearme con miel por engañar el acibar que me tenía aparejado el señor mundo. Vistiéronme la primera mortaja, y empecé á jurar de cadáver y á recibir por cuenta la respiración del aire. ¿Quién dijera que después de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra más oscura!

Ordenaron de darme ama; hubo en esto diversos pareceres sobre la leche; llovía Galicia gallegas, y todas sobre un espejo daban rayos de vino disfracado en cuajo; últimamente, entregaron mi inocencia á una que pudiera apostar á beber en secreto con el mayor hipócrita. Empecé á aplicar mis labios á sus dos pechos, tan grandes, que parecían alcabalas de Baco; la cara de mi ama no diferenciaba de la de una toba, como lo era; metiéronme en la cuna, primera sepultura del hombre, y con toda la música de Galicia no me harían dormir si yo daba en llorar.

Ordenaron que durmiese con aquel pellejo que me alimentaba, y una noche que mi gallega tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos me quiso arropar con todo su cuerpo, pero yo que había bebido gran cantidad de mosto, empecé á levantar el chillido de tal suerte, que levanté la casa, cuanto y mas los que dormían en ella. Acudió mi madre y sus criadas, y llegándose á la cama, me hallaron debajo de aquella cuba casi para espirar; quitáronme la pesadilla que tenía encima, riñeron al ama, y pusieronme en la cuna para que buscara la rebusca que le había quedado á mi gallega. No la despidieron, porque dijeron los médicos que no mudasen de amas si no querían que yo mudase de vida. En fin, no quiero enfadar á vuestras mercedes con mis niñeces por hallarme tan hombre; solo diré que mis padres me dieron por nombre don Gregorio Guadaña; cuando niño me llamaban Gregorico, cuando muchacho Gregorillo, y cuando hombre Gregorio; subíme de hora en hora sobre veinte y dos años; en ellos fui al estudio; aprendí lo que no sé, y estudié lo que sé, con que lo digo todo.

### CAPITULO III.

Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona.

Mis padres querían que yo estudiase para letrado; yo partí como piadoso á los estudios: la mitad de ellos dí á la memoria, y la otra mitad á los libros. Pareció-

me la vida de los letrados peligrosa, respecto de los muchos pareceres; sin embargo, estilo suyo, dije á mis padres que quería ir á acabar mis estudios á Salamanca y graduarme de doctor en su universidad; parecióles bien mis buenos deseos; buscáronme letras para Madrid; púsemme á la ley de la partida, y salí de Sevilla el último día de Pascua de flores; iba yo muy á lo noble con mi explorador de á caballo delante en una mula llamada la andadora. Al llegar á los caños de Carmona encontramos con un juez persiguidor, digo persiguidor, con sus ángeles de guarda, escribano y alguacil. Preguntóme muy á lo saludador adónde caminaba. Yo le respondí que á la corte. Irémos sirviendo á usted, me respondió, que allá vamos todos; díle las gracias por la merced que me hacía de llevarme en su compañía. Alentóse la plática, y preguntéle qué negocio le había obligado á salir de Sevilla. El me respondió: Señor mío, yo soy juez por su majestad y natural de Madrid; habrá dos años que vine á Sevilla á castigar ciertos agresores que habían muerto un caballero alevosamente. ¿Qué, usted es, le repliqué, el señor don... don..., yo no le conocía. Don Juan de Liarte soy para servir á usted, me respondió de nuevo. Le dije: Ofrezco mi persona al servicio de usted, que deseaba conocerle por la gran fama de juez y caballero que deja en Sevilla. Por lo menos, replicó él, aunque mis émulos quieran oscurecer el sol de mi justicia, no podrán por los muchos rayos que han salido de ella. Esos he visto yo, le repliqué, en los muchos que usted deja azotados, colgados y echados á galeras. Huélgome que sea testigo de vista, me respondió, que no meserá de daño en el consejo su testimonio. Ha costado esta muerte más de cuarenta. Pues ¿cómo? dije yo: ¿todos mataron á ese caballero? No le mataron, replicó, pero eran amigos de los matadores, á quien no pude coger por haberse pasado á Indias. Lo que yo oí decir en Sevilla, le respondí, es que usted los tenía presos en la cárcel Real, y que se le escaparon al alcaide, y él con ellos. Así es, dijo él, y no faltaron malas lenguas que publicaron haber sido yo el primer movedor de esa danza; pero costóles salir á vergüenza pública, y algunos fueron á galeras, para escarmiento de muchos que hablan de la justicia como si dominaran sobre ella. Usted hizo como quien es, le dije, en sacar á limpio su honra; pero tal vez el juez se fia del escribano, y sin tener culpa en el cohecho, le culpan en el hecho. No bien había soltado la palabra de la boca, cuando me la cogió al vuelo el escribano, diciendo: Esos escribanos, señor hidalgo, mas son escribas que ministros de fe; yo soy el secretario Arenillas, y no es el sol mas limpio cuando da testimonio al día de su luz que yo. No, por vida de... Suplico á usted no se altere, le respondí, que lo que dije fué hablando en general, y no en particular; no obstante que cuando el juez esté libre y el escribano, hay alguacil... ¿Cómo alguacil? replicó el mismo alguacil, ¿conóceme usted? Yo le dije: No conozco á usted sino es para servirle. Pues yo soy (este dijo hecho un diablo) el alguacil Torote, y



tengo tan hecha la mano á prender ladrones como á castigar deslenguados. Yo reparé que tenía mi lengua en la boca; y así no me dí por entendido, pues hablaba con deslenguados. Metióse el juez de por medio, y dijo: Este caballero habla muy cortesmente; discurre sobre la materia sin nombrar partes, y así ninguno se debe agraviar de aquello que no le toca. Aseguro á vuestras mercedes, señorías, excelencias y demás dignidades que leyeren mi historia, que si yo tuviera poder sobre los tres, que los mandara colgar sin otra información, porque se sintieron de manera, que les conocí el delito tan bien como ellos lo habían ejecutado.

Mudamos plática por haber conocido la teórica, cuando llegó á nosotros á toda prisa un hombre algo poblado de barba en una mula, parienta de andadura; saludónos y saludámonosle, que como á mí me venía de casta, lo hacía soberanamente; preguntéle adónde caminaba, y respondió que á Madrid. Como le vi tan barbon, le marqué por letrado, como lo era; mi juez cuando lo supo quedó contentísimo por llevar la audiencia cabal; preguntéle qué negocio le sacaba de Sevilla á la corte; y respondióme que iba á reformar todas las leyes de los jurisperitos sin quedar ninguna. Rióse el juez, y reímos todos; y sin dejar el tema, nos quiso hablar en latín, y metióse en Babilonia de hoz y de coz; hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna, y de cuando en cuando decía: Si á mí me dejaran purgar las leyes, yo baldara á Baldo y á cuantos le siguen. No me pareció mal la postrera razón, y quisiera que la pusieran luego por obra para que le desterraran á él el primero. El escribano era uno de los lindos y feos bellacos que levantaron testimonio á su signo, y conociendo el humor, le dijo: Señor licenciado, quisiera informar á usted de un pleito en que vamos dudosos todos los de la compañía. Informe, le respondió, que el parecer que yo le diere será sentencia definitiva. Pues suplicole esté atento, dijo el escribano, que me va no menos que la vida, la honra y la hacienda. Yo, señor, soy natural de Valparaíso; mi padre se casó dos veces, una por orden de Dios, y otra por gusto del diablo; del legítimo matrimonio salí yo, y del bastardo otro tan bastardo, que era zurdo; mi abuela, por parte de madre, zurda también, por cierta enemistad que tuvo con mi padre, dejó todos sus bienes á la bastardía. Yo, que me llamaba del propio nombre, dí en ser zurdo; pero un hermano de mi abuela, letrado y zurdo, se opuso á los bienes, diciendo que su hermana no podía dejarlos á sus nietos, por cuanto él era hombre de leyes y las hacía; apenas metió la primera petición, cuando una hija de mi abuela, pero no de mi abuelo, zurda también, sale y dice que ella es legítima heredera de los tales bienes, y que en cuanto á la cláusula del testamento de su madre, que manda no herede hombre ni mujer derecho, alega ser ella zurda en grado superlativo aun antes de nacer, porque su padre la engendró á zurdas. Téngase usted, dijo el letrado, ¿cuántos zurdos se oponen á estos bienes? Cuatro hasta ahora, respondió el escribano. Pues

¿hay más? replicó el letrado. Suplicole esté atento, dijo Arenillas, que yo haré el caso derecho. Digo que estando el pleito en este estado un hipócrita zurdo, de estos que piden para sus ánimas, se opone, y dice que mi abuela, en el último vale de su vida, principio de su muerte, hizo un codicilo, por el cual manda revocar el testamento, y deja á una ermita que gobierna todos sus bienes. Nosotros, que vimos desgobernado el pleito, dimos el codicilo por falso; pero el juez, que era hombre de capricho, proveyó un auto diciendo que atento que mi abuela en uno y otro testamento se funda en dar los bienes al mas zurdo, que aquel que probare serlo mejor, ese se lleve los bienes. El bastardo alega y dice que él es engendrado en pecado, y que no puede haber mayor zurdo que el pecado. El letrado dice que él tuerce el derecho, y que no puede haber mayor zurdo que el que hace el derecho tuerco. Yo, que soy escribano, digo que vuelvo un pleito lo de dentro afuera, y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve la verdad en mentira. El hipócrita dice que es un diablo, y le tienen por santo; y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve lo humano divino. La mujer alega y dice que ella es mujer y zurda, y que diga todo hombre si puede una mujer hacer cosa á derechas. Esa zurda, dijo el letrado, funda mejor su opinión á pagar de mis leyes. ¿En qué lo funda? respondió el escribano. Fúndolo, dijo el letrado, en que Eva fué sacada del lado izquierdo de Adán; y fúndolo en que la manzana que le dió fué con la mano zurda, porque si fuera con la derecha Adán no la comiera.

Víctor, dijimos todos, que ha dado la sentencia como jurisperito teologal. Nosotros quedamos contentos, y él pagado de su parecer, que no fué poco.

Llegamos con este y otros pleitos á Carmona, salíonos á recibir una cuba andando, era la huéspeda, y tenía aposentadas sobre sí cosa de treinta quintales de carne sin hueso, propia para despensa. Si yo fuera á Roma por algun breve, brevemente había llegado á sus narices; los ojos estaban penando en dos sumideros; sus pechos eran tan pesados, que no podía la monarquía de su cuerpo con ellos; su boca tenía un chirlo de cuarenta puntos, y cuando se reía se le podían ver los ligados y aun comérselos también. Era tan calurosa, que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salía de una fuente tan sucia, que solo la podía oler el mesonero; á su lado venía la criada, no tan criada que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca, que parecía bujía en la mano de su ama; no vi moza mas descarada en mi vida, porque no la tenía. El escribano dijo ser espíritu visible, el letrado respondió visible, ni aun invisible. El juez no la vió con traer anteojos de larga vista, yo si la vi, ya no me acuerdo, en fin, yo la he pintado algo, y me pesa porque no era nada.

Apeámonos, y salió de un aposento el mesonero; yo cuando le vi me admiré de haber llegado á Sierra Morena tan presto. Traía un sombrero grande, y él lo era, porque nunca se lo quitaba; con un pellejo de ante traía

vestido el suyo, y sobre él una daga tan ancha como su conciencia, y mas larga que su vida; había sido Malco en cierto prendimiento, y traía cortada la oreja derecha por milagro; el un bigote llegaba á la huérfana oreja izquierda, y el otro buscaba la derecha por el cogote, y no la hallaba; las narices largas y anchas; solamente le faltaba tener los ojos rasgados para que no luciesen tanto unas negras y oscuras niñas que tenía en ellos; miraba atravesado, y si lo estuviera pareciera mejor. Sean bien venidos voacedes, nos dijo, caballeros. Como yo estaba apeado de mi andadura, no me dí por entendido, pero el letrado, que era acaballado y siempre andaba en sí mismo, le dijo: Huésped, el señor don Juan de Liarte es juez pesquisidor por su majestad, y así vea dónde se ha de aposentar. Dióle cuartana al mesonero, porque para su vida lo mismo era ser pesquisidor que inquisidor; los demás del meson andaban barajándose las palabras; yo conocí el juego, y dije á la huéspeda aderezase de comer, que habíamos de ir luego nuestra jornada. Resucitaron todos, porque entendieron que mi juez les iba á juzgar las almas ó las bolsas á los del lugar. Estando á la mesa, dicen que se llegó á mí la criada, que yo no la vi, y me dijo al oído: Señor, ¿este licenciado, que ya le conocía, es chino ó indio? Amiga, le respondí yo con el mismo secreto, es griego. La moza lo publicó por el lugar, y con la novedad de ver un letrado griego, que no lo era, se llenó el meson de gente. Entre los que vinieron á verle fué otro letrado del lugar, tan derecho como él. Apenas le dijo el mesonero quién era nuestro abogado, cuando le saludó en latín; él le respondió tan bien, ó tan mal, que el otro volvió la cara á un amigo suyo, y le dijo: Verdad nos han dicho, porque me respondió en griego. Yo solté la risa, y si la dejo correr, se me fuera á Grecia. Señor, dijo el abogado del lugar, aunque sea atrevimiento, quisiera preguntar á usted si ha mucho que salió de Grecia. Señor mio, le respondió nuestro abogado, nunca estuve en ese reino, y así no sabré dar á usted razón de lo que me pregunta. Yo aparté á un lado al de Carmona, y dijele: Señor, este jurisperito griego es persona de calidad, y viene encubierto á ver y hablar á su majestad y á enmendar todas las leyes y ponerlas mas griegas de lo que están; y así suplico á usted le dé por excusado, si no le respondiere á propósito. Pésame, dijo, porque tengo un hermano en Grecia; ¿quisiera preguntarle si le conocía; ¿trae algun criado? No trae criado, le dije yo, sino una mula, griega también, y nos ha certificado que habla tan buen griego como él, por ser costumbre de Grecia enseñar á hablar á los animales como si fueran papagayos. ¿Es posible, me respondió, que habla griego la mula? Si, dije, y dan la razón diciendo que la burra de Balan aportó al país de Grecia, y dejó esta especie de animales. Si usted, señor licenciado, sabe algo de griego, entre la caballeriza y llámela, que á buen seguro le responda. Si ella supiera latín, yo entrara, me respondió, pero de griego sé poco, y temo que mis frásis no los entienda la mula; pero con licencia de usted quiero entrar á verla. No tiene que to-

mar ese trabajo, dije yo, que ya la saca el mozo del meson á darla de beber. No bien habían salido todas, cuando me preguntó cuál era; yo le dije: Aquella rucia postrera. El quiso hablarla en italiano, y respondióme en gallego; pero si como sonó la voz de la herradura en la pared, sonara en la cabeza, brevemente le metiera el griego en los cascos, y le sacara el latín. Fuéle al pobre toda la sangre al corazón, y yo le dije: Señor licenciado, no se admire de la respuesta de la mula, que como no le habló en griego, se picó de la mano como otras del pié. No me respondió palabra, antes saliéndose de la posada haciendo cruces, iba diciendo: Jesús mil veces, hoy es el día de mi nacimiento; no mas burlas con mulas griegas, que hablan por detrás.

Apenas hubo salido, pues llevaba hartas, cuando se apeó en el meson por la posta un correo de Madrid; salió á reconocerlo nuestro alguacil, y los dos se abrazaron estrechamente. Preguntó el llegado por el juez; salió al punto del aposento, y el correo le presentó un pliego del Consejo, abrióle y vió que le ordenaba se viniese á Carmona á prender dos caballeros, de los cuales harémos mencion adelante, que importaba al servicio del Rey; diónos parte á mí y al letrado de su detención, y que le pesaba mucho no poder ir en nuestra compañía sirviéndonos hasta Madrid. Yo le respondí que de ninguna manera le había de dejar, aunque la comision durase un año; el licenciado dijo lo propio, y él nos aseguró despues de muchos cumplimientos que no tardaría seis días en Carmona.

Poco le faltó al mesonero para ahorcarse antes de tiempo, cuando oyó que el juez se le quedaba en casa; la huéspeda se desmayó de mal de justicia, la moza solamente se alegraba de ver gente de pelo en casa, á quien ella imaginaba quitar algunas motas; tomamos posesion en lo mejor de aquel palacio, y no tardó mucho que no llegasen á él dos coches de camino, con gente pasajera para Madrid; el uno de ellos venía vacío con pacto hecho de parar en Carmona seis días para llenarse.

El primero que salió del coche fué un fraile de San Jerónimo, tan parecido á la huéspeda en lo grueso, que no dijeran sino que los dos se habían amasado en una artesa; el segundo fué un mal soldado, tan hermanísimo del huésped, que dudé si era lo mismo; el tercero era un estadista, hombre de capricho y de consejo; el cuarto un filósofo, el mayor orate que oró á la naturaleza en esta vida y en la otra; la quinta era una vieja, y la sexta (número peligroso para tales sugetos) una niña al uso con mas hermosura que años, y mas experiencia que dias. Dióle la mano al bajar del coche el estadista, y ella le dijo: Señor don Crisóstomo, mejor materia de estado es subir que bajar. Mi señora doña Beatriz, le respondió, esa regla no toca á las damas, pues mas son las que suben que bajan. El filósofo dijo: Ese argumento defenderé yo, siendo las mujeres de naturaleza del fuego, que siempre buscan lo mas alto. El soldado iba á dar su razón, pero estorbósele el fraile, diciendo: No se trate de caídas, que vamos en coche, y tenemos que pasar á Sierra Morena.